



Modernización del papel del ejército

* Y doctrinas de
seguridad y defensa

En la celebración de los primeros cien años del ejército mexicano se **olvidó** o al menos se soslayó la parte fundamental de la modernización de las fuerzas armadas: el replanteamiento **doctrinario** a partir del nuevo escenario de reorganización interna y externa de sectores contrarios al Estado nacional.

La principal **deuda** institucional con el ejército radica en los retrasos en las redefiniciones de su papel en la sociedad; México es de los pocos países que ha ido **posponiendo** la definición de doctrinas de seguridad nacional y de defensa nacional, los dos **pilares** básicos de la soberanía, la paz, el bienestar y la vigencia de la Constitución.

Los **intentos** más de fondo para arribar a nuevas formas doctrinarias sobre el papel de las fuerzas armadas en la vida institucional se dieron en el contexto de la iniciativa de reforma a la ley de seguridad nacional durante el sexenio pasado y en medio de una **creciente** participación del ejército en la lucha contra los **cárteles** de la droga. Pero la iniciativa se **atoró** en el congreso por la falta de un consenso político y conceptual sobre la seguridad nacional y sus vertientes, pero a costa de **afectar** la coordinación en la toma de decisiones ante la presencia del crimen organizado en zonas territoriales de la soberanía del Estado.

El punto de debate radicó en la **conceptualización** de la seguridad nacional, cuyos principios están ya contenidos en la ley vigente: “las acciones destinadas de manera inmediata y directa a **mantener** la integridad, estabilidad y permanencia del Estado Mexicano”, entre ellas, la soberanía, orden constitucional, unidad territorial y defensa de fronteras; y la fracción VI no deja ninguna duda sobre el objetivo de la seguridad nacional: “la **preservación de la democracia**, fundada en el desarrollo económico social y político del país y sus habitantes”.

El problema surgió por la participación del ejército en la estrategia de combate contra el crimen organizado que había **expropiado** parte de la soberanía territorial del Estado nacional, hechos que se siguen repitiendo en lugares donde el crimen organizado ha **asumido** condición casi de gobierno. Y el punto central se localizó en la **participación** del ejército en tareas domésticas: cuando la seguridad pública que corresponde a la poli-

cía es **violentada** en espacios de soberanía del Estado, viabilidad constitucional y peligro para la sociedad.

Ahí es donde los legisladores han **fallado**: debatir la posibilidad de un enfoque doctrinario sobre el papel de las fuerzas armadas cuando la violencia criminal es un asunto de seguridad **interior**, que sería algo así como una variante similar a la seguridad **nacional**: el riesgo de la viabilidad del Estado nacional y del orden constitucional.

En este contexto, la nueva estrategia de seguridad del gobierno federal priísta debe de **entrar** de lleno a la definición de las dos doctrinas torales de la seguridad del Estado: la nacional y la de defensa nacional. Se trataría de doctrinas que **fortalecerían** el papel del Estado como la institución central de la república.

El **temor** legislativo radica en el hecho de que las doctrinas de seguridad nacional y de defensa nacional tendrían que definir la vertiente de **autoridad** superior del Estado y la necesidad de utilizar la fuerza para combatir distorsiones. Las doctrinas modernas del Estado señalan tareas de poder y de fuerza del Estado **manteniendo** el respeto a la democracia y los derechos humanos.

En este contexto, por ejemplo, la doctrina de defensa nacional de Chile es clara en sus alcances **sin** tentaciones dictatoriales: “la defensa nacional es el conjunto de medios materiales, humanos y **morales** que una nación puede oponer a las **amenazas** de un adversario en contra de sus intereses(...) Es una **función intransferible** del Estado que se orienta por claros **principios** estatales y es conducida por un conjunto de autoridades e **institucionales**”.

Y la doctrina de defensa y seguridad nacional de Colombia, país azotado por las amenazas externas y sobre todo por el crimen organizado y la guerrilla en el aspecto interno, también **asume** compromisos sociales: “es **deber** del Estado diseñar, en el **marco** del respeto de los derechos humanos y las **normas del derecho internacional humanitario**, las medidas necesarias, **incluido el uso de la fuerza**, para **ofrecer** a sus asociados un grado relativo de **garantías** para la consecución y mantenimiento de niveles aceptables de **convivencia pacífica y seguridad ciudadana**”.

Muy al estilo mexicano, la discusión aquí ha comenzado con el **final**: la ley de víctimas ha buscado



detener la lucha gubernamental contra los delincuentes que han asesinado intencionadamente a ciudadanos que se oponen a sus delitos. El analista Carlos Elizondo Mayer-Serra ha recordado (*Reforma*, 14 de febrero pasado) el planteamiento **doctrinario** del poeta Javier Sicilia que proviene de un concepto religioso que **nada** tiene que ver con las leyes terrenales: “los muertos **culpables** (delincuentes) son **también** seres humanos que un **Estado corrupto y omiso** arroja día con día a la delincuencia...”, porque, sería el complemento lógico, todos somos hijos de Dios. Al final, la ley de víctimas **protege** a los delincuentes, mientras las fuerzas armadas pagan el **costo** de las indefiniciones legislativas.

Se trataría de una dialéctica **poética**: el Estado como el demonio a exorcizar por asumirse como Dios en la tierra, pero en el entendido de que el Estado ya **no** puede ser corrupto si combate a los delincuentes no sólo en sus madrigueras sino en sus complicidades con los sectores políticos, gubernamentales, **religiosos** y **sociales**. De ahí

que el planteamiento religioso de Sicilia esté **lejos** de la preocupación por los mexicanos que son extorsionados, secuestrados y asesinados por los delincuentes y se acerca más al **anarquismo** católico en donde la maldad se castiga con el infierno, a pesar de las **carcajadas** de los delincuentes que paradójicamente creen en Dios y se persignan pero siguen asesinando con impunidad y **protegidos** por los derechos humanos.

De ahí que a cien años de fundación, el ejército siga a la **espera** de las doctrinas de seguridad nacional y de defensa nacional que le den **certeza** a su papel fundamental en la sociedad mexicana.

www.grupotransicion.com.mx
carlosramirez@hotmial.com
 @carlosramirez